

Iritzia

Behatokia

POR Joaquín Arriola



Encuentros de verano

La última reunión del G20 se realizó en un contexto de estancamiento en Estados Unidos y Europa, ralentización en China y recesión en Brasil o Rusia. Pero, ¿qué propone el Fondo Monetario Internacional?

A partir del año 2000, el crecimiento por habitante tanto en la Eurozona como en Estados Unidos es inferior al aumento del PIB per cápita mundial. Esto solo tiene un precedente entre los años 1967 y 1971, cuando Estados Unidos creció menos que la media mundial en un periodo de grandes cambios en el sistema económico mundial: hundimiento del sistema monetario mundial, crisis del modelo de crecimiento basado en los bajos costes de las materias primas, agotamiento del modelo del estado de bienestar, brusca caída de la rentabilidad de las inversiones...

Esta situación no solo refleja el fracaso espectacular del proyecto de la moneda única sino algo más profundo que afecta las estructuras generales de la economía global. Desde el año 2012, la economía norteamericana vive cada vez menos volcada al exterior, reduciendo una tasa del -2,3% anual de media al año el peso del comercio exterior en el conjunto de la actividad económica, el doble de la caída del peso mundial del comercio (del -1,2% anual) o al contrario del aumento de su peso en la zona euro, en una media del 1% al año en el mismo periodo. Aparentemente, las condiciones debieran ser favorables al crecimiento, con un precio del petróleo y otras materias primas (aluminio, zinc, cobre, níquel...) entre un tercio y la

mitad del que tenían cuando se produjo el colapso del mercado interbancario en agosto de 2007, con el crédito a costes moderados, un movimiento obrero desmoralizado y unas políticas orientadas a las reformas estructurales, es decir, a favorecer una creciente asignación de servicios a través del mercado en detrimento de la asignación administrada, vía gasto público. Sin embargo, el estancamiento económico se instala en Estados Unidos y Europa, la ralentización llega a China e Indonesia y la recesión camina por sus respetos en Brasil o Rusia.

Este es el contexto real de la última reunión de los ministros de Finanzas del G20 en Chengdu, China. Quizá para que no les acusen de no estar haciendo bien su trabajo, los funcionarios del Fondo Monetario Internacional (FMI) que asesoraron la reunión hablan más bien, en el documento enviado a la reunión sobre perspectivas globales y desafíos de política, de un crecimiento "moderado" en los países desarrollados para cuya debilidad en la actual coyuntura ya han encontrado un chivo expiatorio: el Brexit. Es cierto que también se mencionan factores más reales de la tendencia al estancamiento de la economía global, en particular la secular crisis de productividad en los países desarrollados (para evitar explicar sus causas también tiene el FMI un cabeza de turco disponible: el envejecimiento de la población), así como el exceso de deuda pública y empresarial y la excesiva desigualdad.

Con esa manía por buscar perros de paja tras los que esconder las carencias de un diagnóstico poco certero, no resulta sorprendente que a la hora de proponer medidas para resolver los problemas de la economía mundial, los expertos divaguen y apunten a la Luna: que si aumentar la confianza, que si reducir las incertidumbres, que si solucionar el problema de la deuda (eso sí, sin decirnos cómo) o, lo que ya es el colmo, el FMI propone como una de las cinco medidas clave, "mejorar el crecimiento a largo plazo y hacerlo más inclusivo". Esto de proponer como remedio lo que es en definitiva el objetivo es un viejo truco de economistas trileros, pero que al parecer sigue dando resultados porque se sigue considerando a los economistas del FMI como el no va más de la experiencia y el saber hacer.

Para curarse en salud, estos expertos reconocen que los desequilibrios en las balanzas por cuenta corriente –en las que unos países acumulan grandes déficits comerciales y otros grandes superávits– siguen más o menos como antes de la gran crisis y están

alimentando un futuro nuevo ciclo de crisis financiera de largo alcance, mientras que los problemas generados por la crisis anterior (deuda, desempleo de larga duración, estancamiento de las inversiones...) siguen contribuyendo a una más que anémica recuperación.

Con todo, la conciencia de la gravedad de la situación económica lleva a que el FMI se atreva a proponer la necesidad de aumentar los salarios (en Japón) y del salario mínimo (en Estados Unidos), aunque no para mejorar el nivel de vida de los trabajadores –cosa que no entra en el programa sino como efecto colateral–, sino para aumentar la inflación! Tras comprobar la ineficacia de la política monetaria (bajas tasas de interés) para lograr este objetivo, la desesperación por encontrar mecanismos que aumenten los precios y alivien así el peso real de la deuda, lleva a propuestas tan pintorescas como la señalada.

El mantra de las reformas estructurales sigue teniendo un fuerte predicamento y tampoco en esta ocasión se priva el FMI de recomendar una nueva dosis a los países del G20. Las principales recomendaciones del FMI al G20, incluyen: en Australia, Canadá, Alemania y Estados Unidos, reducir el gasto público social y de servicios generales y trasladarlo a inversiones en infraestructuras; en Australia, Canadá, Alemania, Japón, Corea e Italia, liberalizar mercados; en Canadá, Alemania, Japón, Corea y Gran Bretaña, reducir la negociación colectiva; en el caso de Corea, también reducir la protección al trabajo; en Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña, una reforma fiscal. Para los países emergentes, las medidas que se proponen son las mismas, en mayor o menor dosis según los países. Y a Brasil, Rusia, Arabia Saudí y Sudáfrica, además, se les recomienda liberalizar las inversiones extranjeras y aumentar el peso del sector financiero.

La cosa se completa con algunas medidas puntuales, como regular mejor los seguros de vida en Estados Unidos o reformar las estructuras monetarias (Argentina, China) y

Con esa manía por buscar perros de paja tras los que esconder las carencias de un diagnóstico poco certero, no resulta sorprendente que los expertos divaguen y apunten a la Luna

en ocasiones es imprescindible aumentar el gasto social, pero solo en aspecto puntuales: hacia los grupos pobres (México), los ancianos (Corea), los desempleados pobres (Estados Unidos), o la provisión de viviendas sociales (Gran Bretaña).

Para la Eurozona, recomiendan ampliar las reformas en los mercado de trabajo y de productos, reducir las regulaciones y reglamentos en los servicios profesionales y el comercio, reducir las cotizaciones sociales y de nuevo un brindis al sol al recomendar, sin decir mediante qué procedimiento, "integrar a las mujeres, a los refugiados, a los parados de larga duración y a los trabajadores de más edad en la fuerza de trabajo". En general, salvo la recomendación de invertir más en infraestructuras, el conjunto de medidas propuesto difícilmente puede constituir una terapia adecuada para los dos mayores males identificados: el estancamiento de la productividad a largo plazo y la enorme acumulación de deudas públicas y privadas.

Hasta ahora, las propuestas de "más mercado" y más desprotección al trabajo no se han mostrado efectivas para encontrar una nueva senda de crecimiento de la productividad. Y el nivel de deuda alcanzado en muchos países hace inviable cualquier política expansionista, además de dotar a los acreedores de un poder político y de mercado desproporcionado. Pero, pese a esta evidencia, la flexibilidad de criterio en el FMI y demás expertos al uso no alcanza para explorar alternativas que supongan una mayor implicación de los estados en la actividad productiva o una cancelación masiva de deudas que traslade la carga del ajuste a los acreedores.

Si ni siquiera los expertos del FMI saben cómo salir del atasco, no es casualidad que en varios países del G20 aparezca con nuevos bríos, simultáneamente a la reunión de los ministros, el anatemizado proteccionismo. China advierte en los últimos días de que impondrá tasas a las importaciones de acero eléctrico o para transformadores procedentes de la Unión Europea, Japón y Corea del Sur, como represalia por las barreras al acero chino. Y el candidato republicano a la presidencia, Donald Trump, reconoce que la Organización Mundial de Comercio es un verdadero "desastre" y que si hace falta, en aras de proteger su industria nacional, Estados Unidos abandonará la organización que ellos mismos crearon. ¿Volvemos a los convulsos años 30?

* Profesor de Economía Aplicada de la UPV/EHU

INTERSPORT
SPORT TO THE PEOPLE

GERNIKA Urkleta 4. 946255516 ONDARROA Artabide 17. 946832005 BERMEO Bizkaiko Jaureteria 3. 946883494

Utzaila 1etik

beherapenak